

dición de sus penates, héroes de la independencia. Elevo también mis homenajes a la Iglesia de esta metrópoli, maestra que me inició en las humanidades y en las sagradas disciplinas. Ascendiendo más alto, rindo gracias devotísimas al Señor, que gobierna la suerte próspera o adversa de cada uno de los hombres. Suba asimismo el obsequio de mi gratitud sacerdotal hasta el trono de la Reina de los cielos, llamada en los siglos caballerescos *bonorum poëtarum magistra*, cuyos primeros discípulos eran los Sedulios de Irlanda los Adalbertos de Polonia, los nobles teutones, con un Fortunato de Poitiers, una abadesa Roswitha y un Gualterio. Y si para festejar su Concepción Inmaculada los normandos establecieron la Academia de Neustria, que fue la más antigua de Francia, y que influyendo durante setecientos años transformó aquel señorío en una Arcadia feudal, entregada a piadosos torneos de ingenio, tregua de Dios en las lides de la edad media; si los vagidos de nuestra lengua tuvieron en labios de Berceo, del sabio Alfonso y del Arcipreste los tonos menos rudos del mester de clerecía para ensalzar a la gloriosa Señora de los ángeles; si en suma, no hubo en el occidente civilizado por la cruz ningún ensayo de artes óptimas en donde no fuesen los loores marianos la nota fundamental o dominante, bien puedo invocar ante vosotros a la Madre Virgen como auspiciadora de la belleza literaria, y a fuer de buen hijo y leal vasallo, deponer a sus pies y a los de Cristo, la guirnalda de mirto entrelazada de flores que recogí en este segundo jardín de Academo y en todos los campos de nuestro gay saber, o por decirlo mejor, en el más deleitoso vergel intelectual de América: la patria colombiana.

RESPUESTA A JUAN CRISOSTOMO GARCIA

Por DANIEL SAMPER ORTEGA

Profundamente agradezco al señor don Juan Crisóstomo García el haberme comisionado para que le abra la puerta de esta Academia. Lo hago con regocijo, porque él es antiguo y muy querido amigo mío, pero con azoramiento, porque mis palabras no pueden rayar a la altura de los méritos, de largo atrás por todos reconocidos, de quien viene hoy a aprestigiar en nuestra corporación una nueva silla.

Treinta y más años hace que admiro a este erudito de verdad, que con timidez casi infantil se las ingenia para escondernos su erudición; a este excelente orador a quien sólo sus deberes eclesiásticos empujan hasta el púlpito; a este artista de fina sensibilidad y extensa cultura; a este crítico socarrón que todo lo escudriña, conservándose aparentemente adusto, cuando en realidad sabe reír a sus anchas, de dientes para adentro, y posee una fornida musculatura, de que es posible den testimonio sus condiscípulos en el Colegio de Co-

lón. A mí, por fortuna, me tocó entrar en tratos con el señor García cuando ya era él persona reposada, en 1907, en el seminario conciliar de Bogotá.

Aunque allí apuntaba el escritor que con gracia y cariño supo evocar la Bogotá de 1850, el artista cuyo dominio del idioma, extensas lecturas y entrañable amor a Colombia acabamos de admirar en una pieza que perdurará en esta Academia, allí no era él sino *Juancho*, así, a secas, nombre que usado hoy no implica merma del mucho respeto que le tenemos sus amigos, sino cariño, un cariño de fina ley, hecho de estimación a sus virtudes de sacerdote, a sus prendas de caballero, a su claro talento y a un corazón tan amplio como los patios del seminario.

¡Los patios del seminario! Aún me parece ver en ellos al doctor Manuel María Camargo a las cinco de la tarde, camino del refectorio, mientras todos los seminaristas suspendían por un momento sus rezoos; al paso del temible rector callaban todos, menos uno. Uno que, justamente al sentir del doctor Camargo, prorrumpía a cantar a voz en cuello y a palo seco el *Ave María* de Gounod. Entonces el rector se detenía y mandaba sacar de la jaula, que era su residencia habitual, a aquel mocoso, para que lo entretuviese con su canto en el largo y ya desierto comedor: "Es únicamente mientras como. Dentro de media hora volverás a tu jaula."—"Está bien, monseñor." Pero ¡ca! Si la música, como dicen, domestica a las fieras, imaginad cómo actuaría combinada con la comida, que terminaba en *melado*, sobre aquel insigne bienhechor de la infancia desamparada. ¡Qué jaula ni qué nada!... De ahí que Gounod sea uno de mis compositores favoritos.

No era muy llevadera la tarea de monseñor Camargo en aquellos años en que el seminario se puso de moda: le había tocado suceder, detrás del célebre tuerto don Joaquín Gómez Otero, a nadie menos que a monseñor Bernardo Herrera Restrepo, restaurador del viejo instituto y honra y brillo de la sociedad de Colombia y del clero de América. Competía por entonces el seminario en calidad y en prestigio con el Colegio del Rosario, regido por monseñor Carrasquilla, profesor del seminario, junto con don Carlos Cortés Lee y con nuestro eminente colega don José Joaquín Casas, mi primer e inolvidable maestro de literatura. Aún me parece ver el desconcierto de mi maestro cuando a voz en cuello le salí un sábado, no diré recitando, sino vociferando de punta a punta la hermosa composición de Ortiz a la bandera colombiana. ¡Pobre memoria del ilustre don José Joaquín, el autor de los versos, y pobres oídos del ilustre don José Joaquín, mi preceptor de literatura! Ni el uno ni el otro imaginaron jamás que en estrofas tan bien medidas cupiera un superénfasis como el que yo les ponía, y que provocó en monseñor Camargo algo así como un mal de san Vito; todavía lo veo reír a grandesbuches, dándose de palmadas en las rodillas, ido el bonete a la nuca y doblándose por la cintura, a pesar de lo regordete que era. La risa y la ira desencadenaban en él todos los músculos; había que verlo contrariado: las palabras le reventaban antes de salir a flor de labio; el paraguas salía disparado de sus manos, el rostro se le encendía y su diminuta figu-

ra temblaba desde las hebillas hasta la corona, lo mismo que una frambuesa en gelatina. Pero ¡quién diablos iba a hacerle caso, si todos sabíamos que, a pesar de sus aparatosos berrinches, en la redondez de la tierra no había alma más mansa que la encerrada en la redondez del cuerpecillo camarguill!

Como en las películas de "el Gordo y el Flaco", los principales protagonistas de la vida del seminario en 1907 hubieran podido llamarse "el Corto y el Largo". Dicho está que el rector era diminuto, amoratado y redondo; el ejecutor de su justicia, por el contrario, el prefecto doctor Garzón, era uno de los hombres más altos que he conocido, y pálido y escuálido. Cuando los dos conversaban paseándose juntos a lo largo de los claustros, diríase que don Quijote y Sancho encarnaban bajo el traje talar; sólo que trocadas las figuras, pues la realidad, la rutina, la prosa, que en este caso era la férula, eran atributos del prefecto, que no del rector. Entre éste, chiquito y cascarillas, y el largo y reposado prefecto, la autoridad tenía un tercer representante en la persona del vicerrector, monseñor José Eusebio Díaz, ni alto ni bajo, ni adusto ni jovial, ni fogoso ni cachazudo, sino ponderado en todo, hasta en su santidad, que era muy grande.

Colaboraban en la enseñanza figuras como las ya citadas del físico doctor Joaquín Gómez Otero, el helenista Carlos Cortés Lee y el teólogo Rafael María Carrasquilla, amén del músico Carlos Umaña y de algunos clérigos jóvenes que entonces comenzaban su carrera, como Emilio Valenzuela y Andrés Restrepo Sáenz. Los oficios de pasantía, sacristanía y aun algunas cátedras, estaban a cargo de seminaristas mayores. Juan Crisóstomo García, entonces subdiácono, contaba entre sus discípulos de sintaxis latina a monseñor Luis Concha Córdoba, hoy obispo de Manizales, y antes de aquellos tiempos miembro de la banda de niños peligrosos de la lejana aldea de Chapinero, banda de que formábamos parte principalísima el poeta Angel María Céspedes, representante en ella de la aristocracia: camisa limpia, zapatos de charol y guantes blancos cada jueves de Corpus, y el que esto escribe, representante de la plebe: el rostro saraviado, greñas bermejas, trompo en el bolsillo y rodillas que requerían un empecinado tratamiento de estropajo antes de cada viaje a Bogotá.

De la misma hornada del doctor García era el sacristán José Alejandro Bermúdez, a quien asediaba yo todo el año para que en las procesiones de cauda de semana santa me permitiese "colear" a mi tío Rafael María Carrasquilla. También estaban ya en los umbrales del subdiaconado nuestro colega monseñor Castro Silva, que se marchó a ordenarse a Roma; Luis Gómez Brigard, mimado de Carlos Umaña por su bellísima voz; Eduardo León Ortiz, a quien ayudé su primera misa; el poeta Jorge Arturo Delgado; el músico y ex cartujo Antonio Núñez, y Joaquín y Daniel Sabogal. Por cierto que el apellido Sabogal me trae a la memoria una anécdota de monseñor Camargo: un tercer Sabogal, Elisco, mereció, por su pequeñísima estatura el sobrenombre de Zaqueo. A monseñor Camargo le indignaba que usáramos apodos, y una buena mañana de jueves reunió a todo el seminario para endilgarnos una reprimenda al respecto. Pero en

lo más fino del sermón cayó en la cuenta de que Eliseo Sabogal no se hallaba presente, y suspendiendo la andanada dijo: "Que venga Sabogal." —"Aquí estoy, señor rector", dijo Joaquín. —"No, replicó monseñor, no es a usted a quien necesito." —"¿Es a mí?", preguntó Daniel. —"Tampoco, al que yo quiero es a... ¿cómo te llamas?... ¡Vaya! ¡A ese que debería llamarse Zaqueo!"

Un año atrás de los subdiáconos venía el curso de que formaba parte mi pasante, Emilio Brigard Ortiz, y un hombre sin entrañas, cruel y duro, que hoy ocupa en la materialidad de su capellanía y en las filas de la mansedumbre, el lugar del padre Almansa: Simón Peña.

Minoristas y subdiáconos se ensayaban para la predicación en el refectorio, a la hora de la comida. Había que verlos demudados y temblorosos, equivocando textos, acentos y palabras; todavía recuerdo a uno que en el furor de su elocuencia, al hablar del padre Lárraga, lo llamó "el padre La Ranga".

Pero dejemos de lado el poder eclesiástico, al que profeso, como buen liberal que soy un supersticioso respeto, y vengamos a tratar de los laicos, a los cuales me puedo referir con más confianza. Por el seminario de principios del siglo pasaron muchos hombres que hoy figuran con brillo en actividades de la vida civil: médicos, como José Vicente Huertas y Alfonso Esguerra Gómez, que por cierto usaba unas medias escocesas multicolores, y como era no muy alto y casi redondo, parecía un trompo de música; ingeniosos, como Francisco Andrade y Julio Carrizosa Valenzuela; abogados, como Luis Rueda Concha, Jorge Rubio Marroquín y Luis Martínez Delgado; escritores, como el dramaturgo Antonio Alvarez Lleras y su padre, el poeta y miembro de esta Academia don Enrique Alvarez Bonilla, quien al enviudar estuvo pensando en ordenarse y fue discípulo de su propio hijo; y otros, en fin, que cambiaron la reglamentada timidez por el grito marcial, espontáneo y fanfarrón, pues del seminario pasaron a la escuela militar.

Julio Uribe Grajales, uno de estos transformistas, mantenía pelea casada con el doctor José Manuel Osorio, quien, aburrido del seminario, había agotado ya los empeños con los suyos para que lo pasaran a otro plantel. Como último recurso, Osorio decidió hacerse expulsar; pero no le acudía al magín ninguna travesura de suficiente entidad para lograr sus propósitos; a lo más a que llegaba era a turnarse conmigo en la jaula, la nunca bien ponderada jaula donde aprendí a cantar el *Ave María*. Pero aconteció que una tarde entrábamos en comunidad a la capilla, de dos en dos, los ojos bajos, el paso mesurado, cada mano encañonada entre la manga de la otra. En llegando frente al tabernáculo, las parejas hacían una respetuosa genuflexión, antes de abrirse a nave y nave. No bien Julio Uribe y José Manuel Osorio habían hincado la rodilla, el primero, mirando de reojo al segundo, y sintiéndose a cubierto de todo peligro por lo sagrado del recinto, le dijo en tono bajo y repelente: "¡Micol!" ¡Quién dijo miedo! Osorio se arremangó la sotana, y en las propias gradas del comulgatorio arremetió contra Uribe como un miura, a trompada

limpia. El escándalo que se produjo no es para descrito. Nadie se atrevió a separarlos, pero como hacen las criadas con las faldas para espantar a los gatos, algunos trataban de espantar a los luchadores venteándolos con la sotana. Cinco minutos después Osorio estaba descansando ya de la lucha en su casa, y entiendo que todavía recuerda con gratitud a Julio Uribe.

Luis Martínez Delgado pretende colgarme a mí una anécdota que es muy suya, y que le voy a protocolizar en letras de molde. Tendría este chaval diez o doce años cuando él y su hermano Antonio entraron al seminario una de esas tardes frías, características de Bogotá. Nuestro amigo, despojándose de sus mundanas vestiduras, se puso por primera vez la sotana. Pero, según parece, su despojo de atavíos terrenales fue tan completo, que la media hora estaba muriéndose de frío. En esas, un padre de familia que salía, se cruzó con él: "Hola, Luisito, ¿se te ofrece algo para tu casa?" —"Que me manden pronto unas enaguas de bayeta."

Debo revelar ahora un secreto: Luis Manuel Hernández, inventor de tiquetes infalsificables y de no sé qué más cosas, era desde entonces industrioso e industrial. Sus bolsillos reventaban a permanencia de latas y frascos con cremas, betún, perfumes, píldoras para la tos, cosméticos y toda clase de menjurjes que él mismo vendía y fabricaba, ignoro con qué porquerías. Por su parte su señoría, el actual tesorero del capítulo metropolitano, pipiciego desde entonces y nervioso por añadidura, temblaba delante de los ratones y demás bestias feroces que habitaban en las grandes casas coloniales. Pues aconteció que una tarde, cuando íbamos en pacata y silenciosa formación hacia el refectorio, un gatazo negro que salía disparado de una de las aulas, cruzó a ciegas la fila, y perdiendo el sentido de la orientación bajo la oscuridad de las sotanas, en vez de continuar su carrera de oriente a occidente, la continuó de la tierra hacia el cenit, por las piernas de mi amigo. A los formidables alaridos de éste la comunidad se desbandó con gato y todo, arrollando a Luis Manuel Hernández, a quien alivió instantáneamente de sus latas y específicos. Los últimos de la fila, que nada habían visto, regresaron en tropel a la capilla, donde pedían a gritos misericordia. Uno de los recién ordenados, encaramándose donde pudo, nos llamaba a todo pulmón: "¡Yo puedo ya absolverlos!" Pero en cambio el doctor Camargo, lejos de absolvernos, tronaba manoteando, rojo de ira: "¡Señores seminaristas: el reglamento, el reglamento!"

*

* *

Es autor el doctor García de unas *Nociones de literatura*, que tal es el modesto nombre de ese libro utilísimo, pero que no son tales nociones, sino un buen tratado de estética, preceptiva literaria e historia de las letras en diversas latitudes. A diferencia de aquellas indigestas colecciones de reglas en que a nosotros nos tocó estudiar, la obra del doctor García se halla matizada con trozos escogidos de al-

gunos autores latinoamericanos, y sobre todo, de autores colombianos. Sin contar a nuestros grandes: Caro, Cuervo, Suárez, Marroquín, Carrasquilla, Isaacs, Diego Rafael de Guzmán, en la antología que formó nuestro nuevo colega para enseñar deleitando, hallaron cabida los académicos Gómez Restrepo, Valencia, Sanín Cano, Abadía Méndez, Bonilla, Casas, Rivas, Castro Silva y otros, entre los que aún viven, y varios de los que ya nos abandonaron. Las características principales de las *Nociones de literatura* son la claridad del plan y del lenguaje. El doctor García patentiza allí sus aficiones al arte de enseñar.

Esta vieja afición lo ha llevado a colaborar en *El Catolicismo* de hace años, y en revistas como *Don Bosco*, *Letras*, *Santafé y Bogotá*, *Revista moderna*, *El Gráfico*, *La Iglesia*, *Senderos*, *El hogar católico*, *América española* y *Voz franciscana*; en el *Boletín* de nuestra Academia de Historia, a la cual pertenece, y especialmente en la *Revista de estudios eclesiásticos*. Al preceptor de literatura debemos estudios acerca del folklore nacional y de la literatura colombiana en general, fuera de algunas críticas literarias; al historiador, primorosas evocaciones de Bogotá, del Nazareno de San Agustín y del Libertador; y al artista, una excelente reseña artística de los templos bogotanos. Del orador sagrado, lleno de unción y de elocuencia, no tengo nada que agregar a lo que sobre él escribí en el prólogo del volumen donde están recogidos aquellos sermones suyos que más me gustan (1). A todo esto hay que añadir que el doctor García, profesor en otro tiempo de historia del arte, es un fino dibujante y un poeta suave y discreto.

Me ha hecho el nuevo colega el honor de citarme entre los escritores que han procurado desentrañar las bellezas del territorio en que vivimos.

Sí, es verdad: amo apasionadamente el paisaje colombiano, porque en él se materializa para mí el concepto de patria. El alma de Colombia está en su historia, sus instituciones y sus anhelos; pero su cuerpo, en las montañas y llanuras que nos sustentan, y sus galas en la guadua y el mararay, sus tronantes cataratas y las iridiscentes mariposas de Muzo.

A veces me complazco en contemplar imaginariamente a Colombia desde los nubarrones que se ciernen sobre el nudo de los Pastos. Llegan allí los Andes después de haberse coronado de volcanes en el Ecuador, cual refrenándose para no reventar de nuevo en mil humeantes conos, y dijérase que el esfuerzo de contención causa las contorsiones de los peñascos que pausaron en su rodar hacia el abismo y de los picos detenidos en el ímpetu con que se arrancaron hacia el sol. Olas inmensas de un mar superfrenético, quedaron inmóviles cuando la tempestad llegaba al paroxismo, y allí están, en breve pausa de milenios, mientras se les permite continuar expresando en sus tumbos la cólera de Dios.

(1) Se refiere al tomo 78 de la *Selección Samper Ortega, de Literatura Colombiana*.

Del gran nudo que nutre a Colombia por las venas del Caquetá misterioso, del tornadizo Patía, del Cauca fecundante de inteligencias, y del Magdalena, en cuyas ondas pesa toda la industria nacional, se desprenden los tres dones supremos de Colombia, las tres grandes cordilleras que han modelado nuestra democracia. En otros países americanos la vida está organizada en torno de una sola gran ciudad y del puerto que la conecta con el mundo. En Colombia, gracias a las montañas, a estas montañas que a la vez nos separan y nos unen, hemos tenido la fortuna de no vivir girando en torno a un punto único. Cada región posee un centro de suficiente entidad para que la vida provinciana tenga un sentido y un valor. Las dictaduras son fáciles allí donde basta a un hombre imponerse en la capital; pero son imposibles en Colombia, donde las ciudades de provincia tienen idéntico influjo en nuestro destino y gozan de idéntico prestigio en el país. Las dificultades que las montañas nos crearon para la comunicación de las aldeas con la capital, estimularon un desarrollo armónico de todo el organismo colombiano. Y si es verdad que el influjo de Bogotá se extiende hasta los últimos rincones del territorio, Bogotá vive influida a su vez por Pasto y Cúcuta, Popayán y Bucaramanga, Santa Marta y Neiva, Cartagena y Manizales, Barranquilla y Medellín, Ibagué, Cali, Tunja, y las viejas ciudades antioqueñas, y las nuevas y vigorosas ciudades del Quindío, y las señoriales ciudades del Cauca grande, y las orgullosas y viriles de los dos Santanderes. Buga y el Socorro, Honda y Pamplona, ayudaron a definir con sus hombres y sus glorias el perfil de Bogotá, antes de abandonarse al reposo que hoy las señorea; y también llegan hasta aquí y nos estimulan e influyen, el jadear de titán de Armenia, Pereira y Calarcá, y el sentido patriarcal de la vida y del trabajo que fue nervio vital en Rionegro o en Santafé de Antioquia.

La topografía colombiana es pues en gran parte responsable de nuestra fisonomía legalista y democrática; somos un país donde el caudillo no arraiga, porque tendría que dominar el territorio, arruga por arruga, desde Santander hasta Nariño; mas en cada arruga de aquellas en que prosperan las poblaciones, separadas unas de otras por quiebras profundas, los hombres tienen distintos intereses y distintas simpatías. El prestigio del caudillo es como un viento, que sólo orea las llanuras abiertas; nuestros únicos grandes caudillos nacieron en el Cauca, el ancho Cauca de valles dilatados. Pero su prestigio se adelgazó al volar de cañada en cañada, como se adelgazan y evaporan las nubes que nos penetran desde el mar.

El paisaje colombiano ha hecho de Colombia una nación ponderada, porque nuestro paisaje es también una permanente lección de proporciones. ¿Quién puede sentirse grande aquí, donde emulan al Tolima, al Ruiz, al Cocuy, a la sierra de Santa Marta, de nívea testa, el empenachado Galeras y millares de cerros gigantescos cuya grandeza individual se diluye en la grandeza del conjunto? En Colombia las grandezas no terminan jamás; detrás de cada altura hay una altura mayor; el fondo de la cuchilla es otra cuchilla, todavía más inalcanzable y abrupta; y las últimas estribaciones de las últimas mon-

tañas, rinden su grandeza ante la grandeza de los mares de agua que nos separan del mundo, o de los mares de silencio que nos separan de Venezuela y el Brasil. Ante Colombia la grande, todos, hombres y cerros, aparecemos pequeños.

Sin embargo, a pesar de sus similitudes, nuestras cordilleras son distintas y han educado de diversa manera a los hombres que se abrigan entre sus vegas y aristas. La cordillera oriental abunda en valles plácidos, y esa placidez se ha infiltrado en el cundinamarqués y el boyacense, que amarran su cuerpo a la tierra y sueltan a volar la fantasía. Los hombres del reino somos indolentes, aun los ariscos santandereanos, a quienes el valor y la osadía no restan apego al terruño y al hogar. Nosotros no hemos conquistado las cumbres: nos contentamos con su contemplación. Nos gusta admirarlas recortando su silueta azul contra la brillantez de la mañana, y teñidas con la sangre del sol en el dorado atardecer.

El Quindío, en cambio, es el más imponente conjunto de masas, picos, quiebras y filos, que semejan una desordenada aglomeración de catedrales góticas a medio arruinar. Allí las cuchillas están coronadas de caminos; si las nubes fueran sólidas, sobre ellas también habría marcado el antioqueño sus rutas de fuga y de ambición.

La cordillera occidental, nodriza del Valle ensoñador, es el palacio de las nubes, que vienen a ella desde el mar, como flotantes tules, a regazarse en las cañadas. Los grávidos picos azulados taladran a trechos las ingravidas motas blancas. Aquello es el perfecto símbolo de la Colombia de hoy, constituida por unas pocas realidades y unas cuantas quimeras; sobre las moles que vemos, y que hunden sus raíces en otras moles graníticas, adustas, de anchura imponderable, las nubes que flotan velándolas, hermosas pero vagas, como nuestras aspiraciones; aspiraciones movedizas y errabundas como las nubes, pero fecundantes también como las nubes, como las nubes...

Bien llegado, señor don Juan Crisóstomo García, a la Academia Colombiana.